

REALISTAS DE MADRID

Madrid: Museo Thyssen-Bornemisza, 9 de febrero a 22 de mayo de 2016

Se conocieron en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en los años cincuenta. Forjaron estrechos vínculos de amistad, incluso matrimoniales. Compartieron un interés especial por la representación de lo que ocurre en “un espacio y un tiempo acotados” –que es la manera en que Rafael Sánchez Ferlosio concebía el realismo– y por la pintura del Museo del Prado. Y sin embargo, rechazaron, y aún hoy rechazan considerarse algo más que un grupo de amigos. Pese a ello, el Museo Thyssen-Bornemisza los ha reunido bajo el apelativo de “realistas” y los presenta asociados a la ciudad de Madrid, que fue su hábitat y el referente de muchas de sus obras.

Esta es la primera exposición colectiva del grupo de los “silenciosos” –como los denominó el escritor Andrés Trapiello–, formado por Amalia Avia, Antonio López, Francisco López, Julio López, María Moreno, Esperanza Parada e Isabel Quintanilla. Un grupo que, como afirma Guillermo Solana –comisario de la muestra junto a María López–, pasó por ser el primero en España en el que las mujeres tuvieron relevancia. La muestra se compone de una selección de ochenta y nueve obras, articuladas en cinco bloques temáticos, a saber: “De la mesa a la ventana”, “El arte de los umbrales”, “Los muros del jardín”, “Estatuas” y “La calle y la ciudad”. Esta división se explica en el folleto informativo, pues el discurso curatorial prescinde de los tradicionales textos de sala, invitándonos a cuestionar algunos tópicos con frecuencia relacionados con la pintura realista, tales como el binomio interior-exterior o la misma definición de “realismo”, problemática desde los tiempos de la caverna platónica.

Comenzamos la visita en el abarrotado pasillo de ingreso, donde nos recibe la escultura *Pareja de artesanos*, de Julio López, una obra que, por sí misma, funciona como resumen temático de la muestra: el oficio artesanal y meticuloso, la pareja heterosexual como unidad creativa –en ella están representados el propio autor y su esposa, la pintora Esperanza Parada– y, en materia de estilo, la práctica de un cierto academicismo, presente en mayor o menor medida en todos los autores y autoras allí recogidos.

El primer bloque está dedicado al espacio interior. Allí cohabitan los bodegones –tema señero de la tradición pictórica española– con algunas escenas relativas al hogar del artista. Destacan, por ejemplo, *Bodegón con granadas*, de Isabel Quintanilla, que apela directamente a la materialidad de la pintura y que introduce el pincel como presencia metonímica de su autora. La memoria visual asociada a la tradición castiza hace que nombres como Antonio Ponce, Sánchez Cotán o Velázquez estén presentes al recorrer esta sección. Pero las estampas de interiores también nos remiten a la sacralización del espacio cotidiano en obras como *El comedor*, de Amalia Avia, o *Habitación de costura*, de Isabel Quintanilla, que parecen mirar hacia el norte, hacia Vermeer o Hammershøi.

El tema de la ventana tiene una importancia capital en toda la historia de la pintura, y este hecho se refleja en el siguiente bloque de *Realistas*... Las ventanas de Isabel Quintanilla son, como manda el canon occidental albertiano, espacios a través de los cuales ver el mundo. El interior queda en penumbra mientras que fuera, los colores aparecen enfáticamente marcados. En cambio, en las ventanas de María Moreno la luz ciega, no deja ver el exterior, en un juego ambivalente entre lo que se muestra y lo que se esconde. Ventanas y puertas son el espacio liminal que divide el ámbito de lo público y lo privado. Atravesado su umbral accedemos al exterior, donde nos esperan los jardines de María Moreno, con su particular tratamiento suave de la luz y del color, tan diferente de la frialdad y la técnica de relojero de la pintura de su esposo, Antonio López; o los de Isabel Quintanilla, que apuntan directamente a la pintura de la antigua Roma y sus famosos grutescos.

Pasamos a la siguiente sección, en la que la escultura toma la voz cantante. Las obras de Francisco López son también una mirada al pasado clásico, por el valor del bulto y la suavidad de formas –*Niña sentada* es casi un homenaje al famoso *Espinario*–, mientras que el tratamiento del material y el gusto por la introducción de lo dramático y lo monumental en Julio López nos recuerdan a la escultura de finales del XIX –Rodin, Arturo Martini– y de la primera mitad del XX –Marino Marini–. Es justo hacer referencia a la llamativa ausencia de obra escultórica de Antonio López, obviada en esta ocasión en favor de sus famosas pinturas de precisa técnica impresionista.

Al final del recorrido se abre ante nosotros la ciudad, cuyas imágenes van ampliándose a medida que la exposición va muriendo. Amalia Avia recurre, en obras como *Filatelía Finarte* o *Benito García, Fontanero*, a un realismo más íntimo y social, mientras que las vistas de la *Gran Vía* de María Moreno sugieren un espacio ficticio, y, gracias al uso de la luz, casi trascendente. Son muy destacables también las *vedute* de Roma realizadas por Isabel Quintanilla –recordemos que algunos miembros del grupo viajaron a Italia para perfeccionar la técnica pictórica– o los siempre llamativos cuadros de gran formato de Antonio López de temática madrileña, en los que vemos una cierta evolución estilística, tendente a la pérdida de detalle y al *non finito* –acercándose así al estilo de María Moreno–.

El éxito en la recepción de esta muestra –a tenor de la afluencia masiva de público– sugiere que el realismo sigue ocupando un lugar privilegiado en el gusto de nuestros días, hecho ya constatado en las dos últimas retrospectivas sobre la figura de Antonio López. *Realistas de Madrid* aporta una manera distinta de hablar del realismo, por varios motivos. En primer lugar, por la pertinencia de haber considerado a este conjunto de artistas como un grupo, a pesar de lo manifestado por ellos mismos. Además, por la homogénea calidad de los trabajos mostrados, con la salvedad de algunas piezas de Esperanza Parada, las cuales desmerecen dentro un nivel francamente alto. Por último, queremos destacar especialmente la importancia de desvelar el papel que las mujeres ocuparon en el grupo y la necesidad de poner sobre la mesa la indiscutible calidad de sus obras, algo que a todas luces esta exposición consigue.

ÓSCAR CHAVES AMIEVA
Instituto de Historia, CSIC